

UN HOMBRE BUENO

Fue por noviembre, el invierno se había adelantado con días fríos y cielos tan grises que olían a ceniza, cuando desde mi despacho recién ocupado en la planta baja de un edificio de amplios ventanales lo vi pasar por primera vez; iba envuelto en un viejo gabán y un sombrero calado hasta las cejas. Aquello fue el inicio de una historia entrañable, la entrañable historia de Don Abraham. Desde entonces, a las nueve en punto de cada día, como aquel primero, me llega lo que empieza a serme familiar: el ruido que provoca un bastón al golpear el suelo con lenta cadencia, precursora de la frágil y encorvada figura de su dueño, D. Abraham; el don le venía otorgado por su condición de abogado y economista eméritos. Había aparecido en el barrio un buen día ignorándose de dónde y por qué; se hospedaba en la modestísima pensión de Doña Úrsula de habitación fría, cama dura y sopa de convento. Cuantas veces se le pregunta por ello, al silencio une una mueca a medio camino entre sonrisa melancólica y rictus amargo. Viste todo el año trajes de factura cara en su día y hoy rozados en puños y cuello, brillo en codos y culeras almibarados por corbatas de dibujos a rayas a modo de barrotes y pañuelo albo en el bolsillo superior, conserva la prestancia y porte de su época de gentleman avalado por su inglés fluido; lentes redondas de dorada montura resaltan en su barba cana y cuidada de viejo profesor y aliento a ginebra de garrafa. Un halo de tristeza lo envuelve dándole a su cara un aire de grave sabiduría.

Sin olvidársele una sola mañana al llegar al ventanal deja unos granos de trigo sobre el alfeizar; al instante, los gorriones que esperan asomados a las ramas de las acacias, revoloteando escandalosamente aterrizan y peleones se disputan el manjar. Por este gesto me empieza a caer simpático; incluso me produce ternura su aspecto de prematura ancianidad en la que intuyo, y los años más tarde lo confirmaron, habitan un alma herida y un corazón desgarrado por la infamia; sin embargo y ello me causa una inusitada admiración, no hay odio, ni ira, ni agresividad contra una sociedad indiferente a su dolor y soledad; en él todo es benevolencia, dulzura y paz; quiere porque se siente querido, pero cuando no lo fue, no aborreció; su actitud amable y servicial despiertan sentimientos de respeto y aprecio entre quienes le conocen. Pero cada vez se siente más cansado, las fuerzas para combatir los embates enfurecidos que golpean su memoria se han ido debilitando, buscando compensarlas en el proceloso mar del alcohol. Sus silencios se han ido haciendo tan densos, que cuando estoy junto a él, solo escucho el paso del tiempo.

Lo sigo con la mirada mientras camina calle arriba con torpeza; se aproxima tanto a las fachadas de las edificaciones buscando seguridad, que por momentos las roza.

Un día, curioso, decido averiguar cuál es su destino; entra en el Café Oriente con la familiaridad que da la costumbre; el local rezuma rancio aroma literario, aires cultivados antaño en las tierras de la Generación del 27 y mesas de mármol vetado y esqueleto de hierro fundido. Sillas,

cómodas en su día, de raído tapizado donde acomodaron sus posaderas tertulianos literarios de humo y café. Pero de aquel aroma, de aquellos aires sazonados de letras solo quedan cuadros de recortes de periódicos con sus fotos punteados por las huellas de cien generaciones de moscas y las baldosas desgastadas alternando los colores de una sociedad en blanco y negro.

Don Abraham ocupa la del fondo junto a la ventana; cuelga el gabán y el sombrero en el perchero, se acomoda a la mesa y saca del bolsillo interior de la chaqueta su pluma estilográfica. El camarero, de hechuras de tonel, se acerca solícito y le deja sobre la mesa un puñado de folios en blanco y “su” copa de ginebra. De inmediato, como si fuese la señal convenida, uno de los clientes invisibles del local se acerca sumiso y le saluda reverencialmente; el viejo abogado le invita a sentarse con sonrisa de afecto y mano tendida. Es uno de sus “clientes”, tan numerosos como menesterosos, desheredados de la postguerra a quienes lee y escribe cartas y redacta todo tipo de documentos administrativos y de índole judicial. Solo acepta a cambio una sonrisa de gratitud y las “gracias” que como un eco se repiten rebosantes de emoción con cadencia de padrenuestro, en especial la de Lola tras redactarle la enésima carta a su marido preso. La pluma de D. Abraham es docta, escribe con soltura impropia de su edad; a media mañana la tinta se “acaba” y la ginebra ocupa su lugar. He conseguido su amistad, la diferencia de edad no es sino el aglutinante que nos ha sellado como “amigos”; casi a diario comparto con él “su desayuno”; es conversador tan culto y ameno como hermético con aquel secreto que le abrasa y que creo intuir cuando me deja que baje hasta el fondo de sus ojos; pero la zambullida suele ser breve, los párpados le caen como un telón, guardianes celosos de su secreto. En una ocasión al estirar el brazo descubrí fugazmente un número largo tatuado en el antebrazo; apresuradamente, al aperebirse de ello, se bajó la manga de la camisa. A ratos, inesperadamente, calla y parece entrar en trance místico; se acaricia despaciosamente el antebrazo tatuado por encima de la camisa y me mira sin verme.

Hoy hace cinco años de su partida que hizo ligero de equipaje; como me prometió en su día, me ha dejado sus voluminosas “memorias” escritas en parte al desabrigo del traje de rayas y a la luz de la estrella que descolgaba y ponía sobre la mesa como una vela. Y junto con sus memorias, el libro, mil veces abierto, *“El hombre en busca de sentido”* de Viktor Frankl con su dedicatoria: “A un hombre bueno”; ambos habían sufrido los horrores de los campos de exterminio nazis de Auschwitz y Dachau y donde las cenizas de sus padres y hermanos reposan. Ahora lo entiendo todo, siento dolor y me está resultando difícil su lectura sin que se humedezcan las letras, sobre todo con su resignado epílogo: *“No me enseñaron a vivir, sino a sobrevivir, No tengo miedo a morir, sino a vivir”*. Por eso sigo sintiendo, al igual que cuando las leí por primera vez, la extraña alegría que me produce su ausencia.

Juan Pérez López
Tercer Premio de Relato Breve
VII Certamen Literario *Universidad Popular de Almansa*